

# Andrés Pérez, el Principito, Nemesio y otros cuentos preciosos para mí

**Mariana Muñoz**

Actriz

**Y**a ha pasado más de un año desde que estrenamos la obra *Visitando el Principito*, la adaptación del libro de Antoine de Saint Exupery. Fue en el invierno del 2000, nos preparábamos para participar en un nuevo proyecto, un infantil, un teatro callejero, una nueva versión para la obra que Andrés Pérez dirigió en los años ochenta.

Éramos el mismo equipo de *Nemesio pelao, ¿qué es lo que te ha pasao?*. Llevábamos un tiempo trabajando juntos y estábamos haciendo funciones de la obra en la Sala de las Artes de la Estación Mapocho. Fue en ese frío lugar donde empezamos a ensayar.

Era 11 de mayo y el cumpleaños de Andrés. Esperábamos sentados en las escaleras, afuera de la sala, a alguien que trajera la llave para poder entrar. Nadie le podía decir ¡Feliz cumpleaños!, no escuchaba, estaba molesto porque habíamos llegado atrasados y por no haber previsto que íbamos a encontrar la sala cerrada. *No se puede llegar ni siquiera un minuto tarde. Deberían estar incluso antes de la hora, ansiosos por empezar un nuevo proyecto, si no es así, no va a resultar.* (hora, 7:02, el ensayo era a las 7:00). Nos advertía acerca



Fotografía: Rodrigo Lisboa.

Mariana Muñoz como la Mamita en *Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasao?* de Cristián Soto. Dirección: Andrés Pérez. Compañía Gran Circo Teatro, 1999.

de la autoexigencia que él necesitaba para trabajar y la que esperaba de nosotros.

Ese día no ensayamos. Después de haber entendido, nos invitó a su casa a comer torta, había que celebrar, ahora sí podíamos abrazarlo, ahora sí podíamos cantarle ¡Cumpleaños feliz!

Al otro día, comenzábamos el viaje hacia el corazón de *El Principito*. Buscábamos la forma que iba a tener este teatro callejero y cómo nos íbamos a adaptar a la versión que se había hecho antes, ya que este trabajo se planteaba como un remontaje.

Todos somos Principitos y así queda para siempre. Nos aventuramos a encontrar la manera de contar esta historia. Para eso, nos vestimos con overol y, encima de eso, los vestuarios. Como ya habíamos aprendido, todos ordenábamos, barríamos la sala, armábamos escenografía, pintábamos y luego cargábamos el camión. Somos obreros del teatro y, con este tipo de trabajo, nos adueñamos de la creación.

Cada uno construye su utilería y ese es uno de los lenguajes que aprendemos a utilizar, el de la propia creatividad manual. Voy a ser la encargada de mostrar los dibujos y me dedico a pintarlos yo misma. También aprendo a coser unos Principitos de muñeco y sus ropas, doblo muchos papeles de colores y hago pajaritos de origami, luego, los regalamos a los niños en cada función, *son los pajaritos que llevan al Principito*.

Junto a nosotros, los expertos del mimbre comienzan a moldear los planetas, aparecen soles, otros pájaros, la luna, el avión y muchas cosas más. El trabajo supera lo actoral, es la crea-

ción de un mundo y todos estamos encargados de eso.

Me pregunto, *¿por qué estamos haciendo El Principito?, ¿por qué Andrés nos pide que hagamos esto?, ¿por qué es teatro callejero? Parece que no entiendo mucho, estoy un poco racional, un poco perdida*. Intento, más que nunca, encontrar algo que me haga justificar mi aproximación al trabajo.

Andrés nos conduce, nos hace revisar en lo más íntimo de cada uno al Principito que entendemos y amamos. Tenemos que encontrar la verdad de la historia, aunque nos cueste, y tenemos que asumir que hay cosas que no nos resultan y que otros deben hacerlas.

Hay que escribir los textos de nuevo, con letras y en hojas grandes, resistentes al ajeteo de los ensayos. Se trabaja con texto en mano y existe prohibición de memorizarlo antes de ensayar la escena y estar satisfechos de ella.

Así, el dicho *A texto aprendido no hay cómico malo* queda absolutamente desterrado, no hay que valerse de nada externo antes de vivir la escena.

Se deja fuera el prejuicio del cómo decir y qué significa racionalmente lo que se dice.

El desamparo es, para el actor, la principal fuente de inspiración. Es igual que el trabajo de clown, hay que pararse al frente, en un escenario sin nada y hacer reír. Hay que salvar el show. Si estás muy fome, viene otro clown, un *clown de emergencia* e intenta salvarte a ti. Si nada resulta, te comen los leones. Con Andrés es igual, si no lo haces bien, otro actor vieje detrás a probar lo mismo que tú. No es por un lucimiento personal,

es por la obra y la búsqueda de la perfección.

*Leamos la escena que vamos a trabajar*, nos indica Andrés, después de darnos mucho tiempo para investigar en una vasta feria de ropa y cachibaches. Nos escucha y nos indica cómo leer. *Más lento, más tranquilos, o musical, todo lo contrario, otra forma, probemos voces o seamos neutros*. Es la primera aproximación al texto.

Luego nos pregunta, *¿qué piensan?, ¿qué pasa?, ¿qué día es?, ¿qué hacían antes?, ¿qué hora es?* Decidamos algo, tomemos dos opciones, dos respuestas, dos propuestas para trabajar sobre la escena. Ahora, *¿quién quiere probar?*

Hacemos la primera propuesta y, si de ahí nada es motivador, la segunda. Volvemos atrás o seguimos si algo ha funcionado; si surge emoción o un leve interés, eso ya es bueno para seguir.

La prueba más fuerte para el ego y lo que mantiene viva la adrenalina de todo el grupo, es la incertidumbre del reparto. Tanto en *El Principito* como en *Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasao?*, los personajes no estaban asignados, por lo que en el desarrollo de una escena se trabajaba paralelamente la creación del personaje.

Todos deben estar dispuestos a probar todos los roles, vestirse de acuerdo a la imagen que cada uno tiene de el o los personajes que participan de la escena. Y, mientras se está fuera de ella, observar absolutamente todo lo que ocurre, para después entrar con alguna propuesta que sirva para resolver lo que está pasando. Se supone que así cualquier actor debe, finalmente, estar capacitado para interpretar cualquier rol.



Fotografía: Manuel Peña.



Fernando Gómez-Rovira (Principito) sobre el avión y Mariana Muñoz, que sostiene un micrófono amarrado a un largo colihue en **Visitando el Principito**. Dirección de Andrés Pérez. Compañía Gran Circo Teatro. Plaza de Armas, Santiago de Chile, 2000.

En *Nemesio...*, yo, la más niña, probaba al personaje más viejo, un alma joven en un cuerpo viejo. Comprendía que uno no puede olvidarse de uno mismo y que ahí está todo. Dejamos que existiera la Mamita, una vieja de 200 años, sin dientes, loca, saltarina y juguetona, como yo supongo que voy a ser algún día, cuando cumpla 200 años.

Así, la eterna discusión sobre la existencia o no del ser personaje o la imposibilidad del actor de separarse de él mismo se torna ociosa: los personajes existen y ya. No significa que sean verdad dentro de los cánones de realidad que estamos acostumbrados a asumir, sino que son verdad dentro de las leyes propias que se van constituyendo en la creación.

No fue fácil encontrar los personajes en *El Principito*. En ninguna obra lo es, pero en esta fue especialmente difícil. Cada vez que nos dedicábamos a crear un personaje, venían a nosotros muchos referentes que pertenecían a la creación de otras personas sobre el libro. En una de las

películas, por ejemplo, el personaje de la Rosa era una niña rubia que danzaba, era muy bonita y delicada. Andrés quería que nos sacáramos esas imágenes de la cabeza y partiéramos de una visión completamente particular. No era la visión típica la que Andrés quería de ella, era una más compleja, que escarbara en las razones que tenía el Principito para siempre sentirse responsable de esa rosa.

Después de muchos intentos, resultó ser una flor preciosa por su humanidad y no por su forma. Era coqueta, indefensa, gruñona, un poco alterada, exigente y hermosa. Por eso, el Principito se enamora de ella, ¿o no?

También el Hombre de Negocios, el Borracho, el Rey y su Rata tenían importancia y dedicación extrema. Teníamos que estar abiertos a modificar lo que esperábamos de los personajes, debíamos dejar que éstos nos sorprendieran.

Y en *Nemesio...*, por la tarde, arriba de un trapecio, resolvíamos la intriga de cómo iban a ser los pájaros

Tué-Tué. La imaginación volaba hasta la noche, cuando comenzaba el misterioso arte de contar una historia, hasta tarde, hasta que lo necesitáramos: era la hora de ensayar...

**La muerte de Elena:** Elena, acostada, con el niño en brazos, espera a Nemesio para despedirse antes de partir. Cuando por fin están juntos, ella le pide que tome al niño y se lo lleve lejos de allí, a la tierra donde él había nacido y le enseñe a vivir.

En esos días, yo compartía el rol de Elena con la Gala Fernández. Las dos debíamos probar esa escena y nos preparábamos para hacerlo. Habíamos inventado, entre todos, la cama donde moría Elena y sabíamos que esta escena venía inmediatamente después del parto, en el que todos ayudábamos mientras cantábamos *A cantar a una niña*. Con ese recuerdo, y tratando de revivir ese momento, empezamos el ensayo.

Cada una hizo un intento. Andrés nos dejó probar toda la escena y el resultado fue dos visiones muy parecidas del momento y del personaje, pero extrañamente vacías; estábamos perdidas. Una escena que parecía ser muy clara en cuanto a la emoción que debía tener, que se sustentaba en una situación sugerente y con un texto muy bonito y simple, parecía fácil, pero se nos iba de las manos.

Andrés, entonces, nos preguntó: *¿qué piensan que pasó?* No supe responder, sólo intuí que lo que habíamos probado era la primera lectura que uno podía hacer de la escena y que, al hacerse carne, la verdad nos pedía ir mucho más allá. En estas situaciones, siempre resultaba todo lo contrario de lo que uno inmediatamente había imaginado. Era eso lo que luego intentaríamos encontrar.

¿Qué pasa si Elena, en ese momento, prefiere hacerle un regalo a Nemesio y su despedida es feliz? Fue la conclusión a la que llegamos después de las sugerencias e interrogantes que Andrés nos había planteado. Me di cuenta que no se me había ocurrido, porque estaba afectada por lo triste que a mí me parecía la escena y ese sentimiento me impedía verlo de otra forma.

Pero claro, resultó para mí uno de los momentos más emotivos de la obra. Nemesio se metía a la cama a regalar, jugaban a imaginarse cómo se iban a encontrar algún día y se reían a carcajadas. Elena moría en paz.

El sentir de Elena pasaba por dos corazones, eso la humanizaba, la enriquecía, el personaje lo necesitaba. Si las dos no lo hubiésemos comprendido, Elena habría sido diferente, no habría tenido colores, no habría tenido matices.

Nunca creí que Andrés hablara en serio cuando decía que el avión del Principito iba a volar. ¿Cómo?, si es muy caro comprar un avión que vuele de verdad. Pero no, yo no había entendido, existen otras formas de volar. Fue para mí una gran lección asumir el riesgo de hacer lo que la imaginación necesitara para hacerse realidad.

Si queríamos que el avión volara, si pensábamos que eso podía ser maravilloso, había que hacerlo, costara lo que costara. Por supuesto que el avión vuela, en nuestra cabeza, en la historia y a través de una grúa que lo sube muy alto y lo pasea hasta que creemos que sí, que está volando de verdad.

En esta forma de hacer teatro, si

uno no cree en lo que está haciendo, está absolutamente perdido. La demanda de imaginación es tan grande que se borran los límites de la realidad y lo único que queda es la valentía para entrar en lo desconocido.

Más de alguna vez le escuché decir a Andrés: *Déjeme dirigir a mí*. Generalmente, el límite entre la dirección y la actuación es muy fino, el actor se autodirige y, por esa vía, la creación sólo se ve estancada: se juzga el método y, cuando el método es impuesto, la única manera de trabajarlo es aceptándolo y teniendo fe en quien está al frente.

Un maestro como es Andrés Pérez sabe por excelencia conducir en esas condiciones. Sólo exige confianza. La ordenación del caos aparente está completamente en sus



Mariana Muñoz como la Japonesita en *La Negra Ester* de Roberto Parra. Dirección: Andrés Pérez, 2000.

manos y llega al resultado final como por arte de magia.

Llegó el día del estreno de *El Principito* en la Plaza de Armas de Santiago y todos estaban allí. Nadie nos tomó presos como pasaba en los viejos tiempos, actuamos ahí y en muchas otras partes. Somos *los locos del pueblo*, decía Andrés, invulnerables al ajetreo callejero.

Así también estrenamos *Nemesio...*, con pájaros Tué-Tué volando en trapecios de verdad, en medio de un gran desorden, martillos, serruchos, engrapadoras, telas, tacos, últimos ensayos técnicos y la pronta entrada del público, una enorme gradería repleta de gente, música de organillero, regalitos, mierda, mierda y hagámoslo bonito.

El abismo de la primera función, nerviosismo en extremo, creer a ciegas en nuestro trabajo, en los dioses del teatro y, como siempre, a disfrutar. ¡Viva el teatro!, en el aplauso final, y todos a celebrar, fiesta, el teatro debe ser una fiesta y nunca terminar.

Ya han pasado dos años y un poquito más desde que conocí a Andrés Pérez, y han pasado dos meses desde su muerte.

Acabo de terminar una gira por diferentes comunas periféricas de Santiago con la obra *Visitando el Principito*. Ahora, el homenaje se extiende a nuestro director y eso nos convoca de una manera muy especial.

Hoy me es mucho más importante que antes estar ahí. Comprendo nuevos significados y me respondo muchas preguntas que siempre tuve en torno al montaje y al hecho de hacer teatro callejero.

Puedo estar segura del ejercicio político que significa contar la his-



toria de un hombrecito al que le gusta reír y hacer preguntas, saltando sobre planetas de mimbre y pirámides de fierro. Es otro tipo de denuncia, es apelar a la belleza que falta en las calles, es trabajar la esperanza, aunque cueste.

Me resulta muy extraño revivir la historia, recoger todos estos recuerdos y hacer un análisis concreto de lo que aprendí en materia teatral con Andrés Pérez. Es una tarea muy difícil. Creo que no bastan las palabras, en realidad, se me hacen pocas hasta las ideas. Tengo momentos, sensaciones, certeza de algunas cosas, muchas interrogantes también, pero, sobre todo, una tristeza infinita.

obra Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasao?, había actuado para muchas, pero muchas personas y daba gracias a todas las estrellas por haberme acompañado. El Teatro San Ginés en ese tiempo no tenía techo y podíamos verlas aparecer en el cielo.

Alguien me dijo *te voy a sacar una foto*. En ese mismo instante llegó Andrés y salió así, riéndose también, y las estrellas ahora reían con él, como en *El Principito*.

Quizás fue una simple casualidad, pero, ahora, esa foto se ha convertido en un pequeño tesoro, en un amuleto, en ella me inspiro para escribir todo esto.

Hace unos meses, un abrazo fla-

Café con chocolate y leche dulce, dulce, necesitaba.

Festival de Teatro, festividad, felicidad pasajera.

La enfermedad que podría ser del amor se llevó a Andrés, la vida misma y la tristeza. Hace un tiempo se alojaba en su cuerpo un ejército de hombrecitos que invadían su sangre, destruían sus escudos, le invadían hasta los pelos, le dejaban huesos sin comida.

No pudo contra ellos. Lo tenían rodeado. Lo amenazaban. Se multiplicaban.

*Que duermas con los angelitos* le dije y *con ustedes al ladito* me dijo.

Una mañana le contó un sueño a la Rosita Ramírez: *Santiago repleto de gente vestida de blanco, llevan carteles que dicen: "Andrés Pérez está sano"*.

Y así te vas, sano, te vas blanquito, te vas en micro, te acompañamos.

Me quedo con el bochinche de tu despedida, con la multitud y la pena negra de todos.

No voy a olvidar nunca el día que me invitaste a trabajar contigo y me preguntaste si yo sabía cantar. O cuando me diste la confianza para interpretar el rol de la Japonesita en *La Negra Ester* y fui inmensamente feliz. Cuando viniste a mi cumpleaños y me trajiste una champaña. Cuando te despediste en Córdoba con un abrazo sin fin o cuando apareciste en la foto y quisiste para siempre estar ahí.

Gracias le doy al cielo por haberte conocido, lo que me enseñaste no lo puedo traducir, está en el idioma del alma.

Para mí, haber conocido a Andrés Pérez fue un regalo que la vida me dio, tan grande como la vida misma. ●



Mariana Muñoz junto a Andrés Pérez, después de una función de la obra *Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasao?* de Cristián Soto. Noviembre, 1999.

El día que tomaron esta foto, yo estaba feliz, muy feliz, tenía una cargada constante en el corazón, me limpiaba la cara y no lo podía creer, me daba llanto y risa a la vez. Estaba terminando una función más de la

co, la tos y las comidas, Argentina y su agonía. Un *Principito* nos juntó, le gustaban las medialunas con té o con café con leche, no me acuerdo. *¿Por qué en Chile no hay medialunas como acá?*, preguntaba con frustración.